



SIN DUDA, FR. GERUNDIO, QUE HABE AS QUEDAD ...  
Lib. IV, cap. VII.

# HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

## FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

### LIBRO CUARTO.

#### CAPÍTULO III.

PREDICA FRAY GERUNDIO EN SU LUGAR Y ATÓRDESE LA GENTE.

HABIA corrido por toda la comarca la noticia de que Fray Gerundio bajaba á predicar en la funcion del Sacramento en la célebre fiesta de Campazas, ya porque Anton Zotes como mayordomo habia convidado á todos los amigos que tenia en los lugares de la redonda, que eran no pocos, así de labradores, como de clérigos y frailes; ya porque el mismo Fray Gerundio no se habia descuidado en echar tambien la voz entre sus apasionados y conocidos, siendo tentacion tan comun en todo predicador principiante, que tal vez cunde hasta los más adultos y provecetos, dejarse caer al descuido con cuidado, ya en las conversaciones, ya en las cartas, el dia ó dias

010225

que predicaban, lo que algunos maliciosos atribuyen á demasiada satisfaccion ó vanidad, y á mi pobre juicio, no es más que un poco de lijereza mezclada con una buena dosis de bobería.

A más de eso, la fiesta de Campazas era tan famosa en toda aquella tierra, por los novillos, y por el auto sacramental, que, sin que nadie convidase, y aunque el predicador fuese el mayor zote del mundo, siempre concurría innumerable gente, no solo despo-blándose el contorno, sino que rara vez se dejaba de ver en ella mucha gente ociosa y alegre de Leon, de la Bañeza y Astorga; pero atendiéndose este año á la fama del predicador, y al convite de Anton Zotes, convienen los autores de quienes nos hemos valido para recoger las noticias más puntuales que componen el cuerpo de esta verdadera historia, que fué extraordinario el concurso.

Danse por supuestas las demostraciones de alegría y de ternura con que fué recibido Fray Gerundio de su padre el tío Anton y de su madre la buena Catanla y de su padrino el licenciado Quijano, y esto es más para considerado en un casto silencio, que para explicado con la pluma; pues aunque fuese de águila, de buitre ó de abutarda, nunca podía remontar el vuelo hasta la cumbre de tan alta esfera; ¡cuánto más la nuestra, que no puede seguir el movimiento tardo del avestruz! Basta decir, que apenas se desmontó del macho zancarron (así se llamaba el director de la obra), cuando la tía Catanla le dió mil tiernos abrazos, y otros tantos maternales ósculos, dejándole tan rociado de los desperdicios de sus narices y ojos, que huía al limpiarse estos; pero no le deja-

ron las rociaduras semejantes, que se siguieron, porque como era la primera vez que se dejaba ver en el lugar después de fraile, no solo concurren á verle y abrazarle las tías del barrio, unas con la licencia de viejas, y otras con la de parientas, sino que apénas quedaron dos en todo Campazas, que no hiciesen lo mismo; y aún esas dos únicas, es fama que lo dejaron, una porque estaba en la cama con cámaras y pujo, y otra porque dos días ántes habia saltado de su corral al de la tía Catanla una gallina y no habia parecido, de lo cual estaba hecha ella una furia contra la buena de Rebollo, que no sabia de ese; y aún se decia, que la dueña de la gallina quería acudir á Leon, á sacar una descomunion ó una pallina á mata-candelas (así llamaba ella á la paulina y excomunion) contra la encubridora de su ave. Por lo demás, hombres, mujeres, viejos y mozos, todos acudian á casa de Anton Zotes á ver el frailecito, y á dar la enhorabuena á sus padres de que tuvieran el gusto de verle en su casa y tan aprovechado. Ello es así, que consta de documentos y papeles antiguos de aquel tiempo, que se gastaron en aquella tarde cuatro cántaros de vino, ocho quesos y diez y seis hogazas y media en agasajar á los que concurren á casa del tío Anton; de donde podrá inferir el prudente y discreto lector, los muchos que serian, y lo bien quisitos que estaban en todo el pueblo Anton Zotes y su santísima mujer.

Faltaban tres dias para la funcion, en los cuales fueron llegando aquellos amigos especiales de la casa de los Zotes, donde estaban prevenidas no ménos que veinte camas, para los huéspedes, cuatro

por los de mayor autoridad, y las demás se acomodaron en una panera, que á este fin se desocupó y se barrió, colgando las paredes con mantas de mulas y caballerías de labranza, así de las que habia en casa, como otras que se pidieron prestadas, quedando la pieza á juicio de la mayor parte del lugar, tan ostentosa, que se podia hospedar en ella un obispo.

El primero que llegó fué un primo del tio Anton, y consiguientemente tio segundo de nuestro Fray Gerundio, que habia sido colegial mayor, y era actualmente magistral en una santa iglesia, hombre ya hecho, sabio, agudo, discreto, muy leído, gran teólogo é insigne predicador; en fin, de prendas tan sobresalientes, que ya habia sido presentado en tercero lugar para un obispado. Este tal traia de camarada otro canónigo de su misma iglesia, de estos que se llaman *canónigos de cuello ancho*, y por otro nombre *de capa y espada*, jóven aún y en la flor de sus años, pues no pasaba de veinte y cinco, pero muy despejado, muy alegre, naturalmente chistoso y decidor, poeta más que decente, que decia de repente con gracia bastante, con no poca sal, y por lo comun sin sacar sangre (cosa muy dificultosa y por lo mismo bien rara en los que tienen esta habilidad y hacen profesion de ella): por cuyas buenas partidas, estaba muy bien prendado de él el señor magistral.

Como unas dos horas después se apeó un labrador, pariente tambien del tio Anton, que vivia en un lugar cuatro leguas distante de Campazas. Era familiar del Santo Oficio, y aunque hombre de explicacion

cerril y á pata llana, tenia una razon natural bien puesta, y discurria con acierto en aquellas materias que se proporcionaban á su capacidad. En el camino se le habia incorporado un donado de cierta religion, que habiendo sido tres veces casado y cinco años viudo, por fin y postre cansado del mundo, se entró á servir en un convento, donde pretendió para lego, pero no quisieron darle la capilla, porque aunque muy forzado y servicial, era extraordinariamente zafio, y allende de este y más que medianamente bebedor, no de manera que se privase *in totum*, pero se quedaba á medios pelos, que olian á chamusquina, y entónces con especialidad hablaba por todas sus coyunturas, y en todas las materias que se ofrecian, porque sabia leer y habia leído la *historia de los doce Pares de Francia*, á *Guzman de Alfarache*, la *Pisara Justina*, y cuantos romances de ciegos se sacaban de nuevo en los mercados, gustando sobre todo de leer gacetas, aunque maldita la palabra entendia de ellas; con que era el donado hombre muy divertido, y en fin pieza de reir.

Mucho se alegró nuestro Fray Gerundio, cuando se vió en compañía de todos estos huéspedes, pero especialmente de su tio el magistral, quien, como hombre entendido y de la facultad, le parecia que habia de hacer justicia á su sermon, del cual estaba tan satisfecho, que se persuadia con el mayor candor del mundo, que en su vida habria oido ni leído otro semejante, y ya daba por hecho, que oyéndole habia de enamorarse tanto el tio de los talentos de su sobrino, que cuando fuese obispo le habia de llevar consigo, y hacerse su confesor, no pareciéndole tam-

poco imposible, que al tiempo el tío obispo (pues ya le consideraba como tal) le grangease por ahí, aunque no fuese mas que un obispadillo en Indias. Todos estos pensamientos le pasaron por la imaginacion llenándole de un inexplicable gozo.

Pero quien podrá declarar con palabras el que se apoderó de su corazon, cuando contra toda su esperanza y sin que siquiera se le hubiese ofrecido tal cosa al pensamiento, vió apearse en el corral á su íntimo amigo Fray Blas, acompañado de otro religioso de otra religion, que él no conocia; pero todas las señales eran de ser hombre muy reverendo, porque traia anteojos con cerquillo de plata, becuoquin de seda, sombrero fino, cordon de seda y dos borlas de lo mismo, quitasol, baston de caña de Indias con puño de China, y venia montado en una bizarra mula, con su gualdrapa muy cumplida de paño fino negro, grandes fluecos y caireles, sirviéndole de espolista un gallardo mozo, bien puesto en toda la gala de los majos y petimetres de oficio, zapatillas blancas, medias del mismo color, calzon de ante, una gran faja de seda encarnada á la cintura, armador de cotonia, capotillo de paño fino de Segovia de color amusgo, redecilla verde con su borla de color de rosa, que colgaba hasta más abajo de la nuca, la cinta que la ceñia y apretaba de color de nacar, sombrero rodeado de una cinta de plata de color de fuego, con su rolen ó lazo á la parte posterior, que remataba en la capa. Esto lo observó Fray Gerundio muy bien observado, y todo le hizo imaginar que aquel religioso era por lo ménos catedrático de la universidad de Alcalá ó de Salamanca,

cuando no fuese quizá algun padre difnidor ó presentado.

No se engañó mucho, porque á lo ménos era vicario de unas monjas que estaban junto á Ocanilla, y ántes de eso habia vivido seis años en una granja, en cuya administracion no se habia perdido, porque él confesaba ingénuamente cuando se ofrecia ocasion, que no le habia valido mal, ó á lo ménos lo suficiente para socorrer á cuatro parientes pobres, para servir á dos amigos, y para subvenir á sus necesidades religiosas, aunque la vida fuese un poco más larga que lo ordinario. Como quiera, cuando Fray Gerundio oyó á su amigo Fray Blas, pensó perder los sentidos de puro contentamiento, y después de haber hecho los primeros cumplimientos al reverendísimo padre vicario, como lo pedia la urbanidad, dió muchos abrazos á Fray Blas, y supo de él como habiendo tenido noticia en Ocanilla del sermon que le habian echado en su lugar, hizo ánimo de no volver á su convento hasta habérselo oido predicar, logrando con esta ocasion ver la fiesta de Campazas, y pasar en su compañía cuatro dias alegres con toda libertad, y sin el molesto acecho y murmuracion de los frailes.

Díjole que para sacar licencia del prelado, sin que ni él ni los frailes reparasen, en que estaba tanto tiempo fuera del convento, le habia escrito una carta llena de mentiras, suponiendo que habia caido gravemente enferma una viuda sin hijos ni herederos forzosos, que le habia pedido con grandes instancias que la confesase y asistiese, hasta entregar el alma á Dios, dándole á entender, que no lo perderia él ni

la comunidad, porque podia disponer libremente de sus bienes, como nuestro Señor le inspirase: que no obstante eso se habia resistido, por cuanto la enfermedad tenia traza de ir muy larga, aunque decia el barbero del lugar, hombre muy inteligente, que sin milagro no podia escapar de ella: que la misma viuda le habia obligado á que escribiese á su Pater-nidad, esperando que no la negaria este consuelo, y que así lo hacia con la mayor indiferencia, aguardando su determinacion, porque todo su gusto era obedecerle, bien que si hubiera de consultar á su inclinacion, ya estaria en el convento; porque sobre la penalidad y trabajo de asistir continuamente á una enferma, pasando malos dias y peores noches, siem-pre le habian parecido mal los frailes que estaban mucho tiempo fuera del convento y campana, á que se añadia, que siendo él predicador mayor de la casa, no era razon que cargase otro con los sermones que por su oficio le tocaban.

Esta fué, amigo Fray Gerundio (añadió el predi-cador), como la cartica que le expedí, que aunque yo lo diga, no iba urdida del peor estambre; ya co-noces pues la malicia del buen hombre, y lo fuerte de la tentacion. En fin, el santo varon tragó el anzuelo, y me respondió sin perder tiempo, alabando mucho mi celo, mi obediencia y mi religiosidad; pero man-dándome en virtud de santa obediencia y en remision de mis pecados, que asistiese á la enferma, hasta que á vida ó á muerte saliese de aquel peligro, aun-que la enfermedad durase un año, encargándome que procurase fomentarla la devocion de la órden, y que no dejase de exagerarla las particulares nece-

sidades del convento; pero me prevenia que esto fuese con prudencia, y cuando se ofreciese buena coyuntura. Por lo demás, concluia, que los sermones no me diesen cuidado, pues corria del suyo encar-garlos, fuera de que, teniéndote á tí, no necesitaba de otro; pues aunque todavía estabas un poco verde, esto no desdecia de tus años, y por otra parte era prodigiosa tu facilidad.

Vamos claros, dijo Fray Gerundio, que el enredo está de mano maestra: ¿y cuánto tiempo ha de durar la enfermedad de la viuda? Lo que duraren las fies-tas de los lugares á la redonda (respondió Fray Blas), porque ninguna pienso perder. ¿Y qué diablos ha de decir V., le preguntó Fray Gerundio, cuando se vea que no hay tal hacienda ni calabaza? ¿En eso repa-ras, majadero? respondió Fray Blas: ¿hay más que decir, que habiendo hecho la enferma su testamento cerrado, en que dejaba al convento por universal heredero, después de algunos legados de corta canti-dad á algunos parientes pobres, estando ya con la uncion, hizo una promesa y cobró salud milagrosa-mente? ¿Pero si se averigua, respondió Fray Gerun-dio, que no hubo tal viuda ni tal enfermedad de mis pecados, y que todo fué un puro embuste de V. para pretextar con este piadoso sobrescrito la tuna y el pispoleo? Calla, simple, respondió Fray Blas: no ha-biendo otra correspondencia con Ocanilla en el con-vento, que la que yo tengo, ¿cómo se ha de averi-guar? fuera de que, aunque por alguna casualidad llegue á saberse; ¿quid inde? ¡Dirán que fué una de las trampillas que están muy en uso! Mira, Fray Gerundio, las mozas de servicio nunca salen de casa,

sino con sobrescritos devotos, y ya me entiendes y no digo más; pero como los preladados se la entienden, se visten del celo de la observancia, y mientras no les cohonestan la salida, dicen que la pierna en la cama y la moza en la rueca y el fraile en la celda.

Pero á propósito de fraile, interrumpió Fray Gerundio; ¿quién es ese reverendísimo que viene con V.? porque parece personaje. Y es lo que parece respondió Fray Blas; porque aunque ahora es vicario de unas monjas, y ántes fué granjero, siguió la carrera de los estudios con mucha honra; y aburrido de que hubiesen graduado á otro condiscípulo suyo por empeños, se aplicó á este rumbo, de lo que no está arrepentido; porque aunque no parece de tanta honra, es sin duda de mucho mayor provecho: hizo mucho doblon en la granja: después pretendió esta vicaría que le dieron sin dificultad: las madres le regalán, como á cuerpo de Rey, y él lo pasa como un Pontífice. Es muy amigo mio desde que me oyó predicar en Cebico de la Torre, no sé por qué casualidad vino á oirme el sermón de Santa Orosia: llevóme á su vicariato donde me tuvo ocho dias, tratándome como un patriarca: temporadilla mejor no espero pasarla en mi vida; en fin, como hice ánimo de verte á ver en fé de nuestra amistad y de la confianza que tengo con tus padres, convidé al padre vicario á que se viniese conmigo, ponderándole la fiesta de Campazas, diciéndole mil cosas de tí, y asegurándole que seria muy bien recibido.

¿Y cómo que lo será? interrumpió Fray Gerundio, ántes este es un nuevo beneficio, de que me confieso

deudor á la fineza de V. porque sobre las prendas que me pondera del padre vicario, de esta hecha entablo conocimiento con él; y cádate ya el camino abierto parairme á holgar en su compañía cuatro dias, cuando se ofrezca ocasion.

Con esto se entraron en la sala donde estaba el padre vicario, después de haberse quitado los ajuares del camino, en compañía del magistral, de los demás huéspedes, de Anton Zotes y de la tia Catanla, que le recibieron con el mayor cariño, el cual creció más, cuando su hijo y el predicador mayor le informaron de secreto quien era. Finalmente, fueron concurriendo todos los convidados con algunos más que no lo habian sido; y en los dias que faltaban hasta el de la fiesta, parece que no debió suceder cosa que de contar sea; porque los autores casi todo lo pasaron en silencio. Solo uno de ellos apunta (aunque muy de paso), que Fray Gerundio, después de haber hecho su cumplido á los que iban llegando, se retiraba á repasar su sermón unas veces á un desvan, otras al campo, y porque ni aún en este le dejaban la libertad, por la multitud de forasteros que acudian de la comarca, finalmente se vió obligado á encerrarse en la bodega para decorar su cartapacio. El mismo autor dá á entender tambien en general, que en aquellos dias pasaron cosas preciosas con el donado, á quien luego conoció el humor D. Bartolomé (así se llamaba el canónigo mozo), y haciéndose muy amigo de él, poniéndose en todo de parte de sus necedades, con grandísima gracia y no con menor socarronería, fomentaba sus simplezas, de manera que sucedian lances extraordinariamente sazonados;

pero como el referido autor no los especifica, y nosotros en materia de verdad somos tan escrupulosos, aunque sospechamos lo que pudieran ser, no nos atrevemos á referirlos, porque es infidelidad irremisible en un historiador adelantarse á vender las sospechas por noticias.

Llegado que hubo el día deseado de la fiesta, y la hora de la función, vinieron á sacar de casa á Fray Gerundio, su padre, como mayordomo de aquel año, un tío suyo, que lo había sido el antecedente, ambos con sus varas de la cofradía del Santísimo, dadas de almazarron y de almagre, que no había más que ver, los dos alcaldes y los dos regidores del lugar con su fiel de fechos y con su alguacil detrás en el sitio que le correspondía, añadiéndose de comitiva voluntaria, y para mayor cortejo, muchos clérigos circunvecinos, y algunos frailes aventureros de diferentes religiones, que se hallaban en aquellas cercanías, y no quisieron perder la comedia y los novillos. Precediales á todos el tamboril y la danza compuesta de ocho mozos los más jaquetones y alentados de Campazas, todos con sus coronas ó corazones arrasados sobre el cráneo ó plan de la cabeza: esta descubierta, y las melenas tendidas, jaquetillas valencianas de lienzo pintado, con dragona de cintas de diferentes colores: su banda de tafetan prendida de hombro á hombro, y colgando á las espaldas en forma de media luna, con pañuelo de seda al pescuezo, retorcido por delante, como cola de caballo, y prendido en la punta por detrás, como hácia la mitad de la espalda; camisolas de lienzo casero, más almidonadas que planchadas, y tan tiesas, que se tenían por sí

mismas en cualquiera parte; calzones de la misma tela que las casaquillas, y en la pretina por el lado derecho colgado un pañuelo de bayetilla, con mucha gracia; las atapiernas de los calzones holgadas y anchas, guarnecidas de una especie de cintillo ó cordón de cascabeles, medias de mujer, todas encarnadas, zapatillas blancas con lazos de hiladillo negro, y en toda cosa todos ceñidos con sus corbatas, para meter los palos del palateo en el mismo sitio, y ni más ni ménos como los arrieros llevan la vara al cinto.

Ya estaban Fray Blas y Fray Gerundio á la puerta de la casa, esperando el acompañamiento; porque á Fray Blas le pareció obligación precisa en su amistad y en la hermandad de profesion acompañar á Fray Gerundio, y no solo le dió por todo aquel día la mano derecha, sino que fué sirviendo á Fray Gerundio hasta dejarle en el púlpito; y aún se hubiera sentado en la escalera, á no haberlo embarazado Anton Zotes, que le obligó á sentarse en el banco de la cofradía entre los dos mayordomos.

Salió, pues, de casa nuestro Fray Gerundio, más resplandeciente que el sol, y más risueño que la alva, más brillante que la aurora. Habíase claró está afeitado con la mayor prolijidad, encargando al barbero que se esmerase en la operación, pues no le valdria ménos que un réal de plata; y con efecto el maestro le dejó tan lampiño, y con el rostro tan liso, que parecía bruñido: sobre todo en el cerquillo aplicó el mayor esmero, el plano no parecía sino un cuadrilongo de papel fino de Génova, alisado con diente de elefante, la orla un fluco de seda negra

cercenada por las puntas, con la mayor igualdad, sin que un solo cabello se adelantase á descomponer la línea: el copete elevado como dos dedos y medio, con maravillosa proporcion al fondo del cerquillo que formaba la circunferencia: todo el campo del cogote, que corria desde el extremo del cerquillo por la parte posterior hasta la entrada del pescuezo, tozuelo rasurado tambien á medio rapar, para que negreando un poco el fondo, sobresaliese más lo restante de la rasura. Habia estrenado aquel dia un hábito nuevo, que su buena madre le tenia prevenido, y una hermana suya, moza ya casadera, se habia esmerado en doblarle, plegarle y aún aplancharle, pasando la plancha, no más que por los pliegues y dobleces, con tanto primor y delicadeza, que al desdoblarse se dejaban ver todos ellos distribuidos con graciosa proporcion y simetría: particularmente los pliegues del escapulario hacian una labor, que encantaban, y como la tela de la capa y de la capilla era flamante á manera de estameña aprensada, hacia unos visos, que deslumbraba la vista. Calzóse (ya se vé) unos zapatos muy ajustados, hechos á toda costa, en cuanto lo permitia la hechura que se usaba en la religion; pero en todo caso habia encargado al maestro que las puntadas fuesen iguales, muy menudas, y que el hilo estuviese muy cargado de zerote, para que lo blanco de ellas sobresaliese más. La noche ántes le habia regalado el padre vicario con dos solideos de seda de los que fabricaban las monjas, de exquisito arte y chulada, cuyo centro era una borlita muy chusca, elevada con la debida proporcion; y Fray Gerundio estrenó uno de ellos aquel dia, así por mostrar la

estimacion que hacia del regalo, como por ser un ornamento tan precioso como preciso para su pontifical. No se olvidó, y ni podia olvidarse de echar en una manga un pañuelo de seda de dos caras y de vara muy cumplida, siendo una faz de color de rosa, y la otra de color de perla; y en la otra manga metió segundo pañuelo de Cambray muy fino, con sus cuatro borlas de seda blanca á las cuatro puntas, teniendo por cierto que cualquiera de los pañuelos que se le hubiera olvidado, seria bastante para que el sermón no pareciese la mitad de lo que era.

Dudó por algun tiempo si llevaria anteojos, cosa que le parecia daba infinita autoridad al predicador, y añadía gran peso y una maravillosa eficacia á lo que decia, pensamiento que le tuvo tan inquieto la noche antecedente, en que no fué posible pegar los ojos, que no pudiendo desecharlo de sí, despertó á su amigo Fray Blas, que por aquella vez tuvo más juicio del que él acostumbraba. Se rió mucho de su ofrecimiento, diciéndole que los anteojos en un mozo, aún cuando tuviese alguna necesidad de ellos (lo que rara vez sucedia) era la cosa más ridícula del mundo, y que así los hombres de juicio, como los bellacos, hacian gran burla de aquella afectacion, bastando ver á un rapaz muy armado de sus gafas, para que todos le tuviesen por mozo de poco seso. Aún en los anteojos habituales de los viejos, añadió Fray Blas, son muy pocos los que creen, porque son poquísimos los que los necesitan á pasto; y más desde que se ha observado que en las religiones regularmente echan esa gala aquellos sujetos de media braga, que estuvieron consultados para perpétuo coro



ó cosa equivalente: y después, ó por empeños ó por paisanaje, ó en fin porque los hallaron con una arastrada medianía, les destinaron á una de las dos carreras de púlpito ó de cátedra, cumpliendo con ellas entre sí basta ó no basta, y sale aquí traidor. Estos son por lo comun los mayores y más perdurables anteojustas, vanamente persuadidos á que pueden suplir con accidentes lo que les falta de substancia, y pretendiendo persuadir á otros que su continua aplicacion á los libros, les quebrantó la vista. Pocos hombres hay de los verdaderamente sabios y aplicados, que usen de este mueble, sino cuando realmente le han menester, que es para escribir y para leer; así, amigo Fray Gerundio, déjate de locuras y déjame dormir.

Con esto no volvió Fray Gerundio á pensar más en anteojustas, y excusando este dije, salió de casa para la Iglesia con todo el tren que llevamos referido: llevaba tras sí los ojos de cuantos le miraban, porque iba con el cuerpo derecho, la cabeza erguida, el paso grave, los ojos apacibles, dulces y risueños, haciendo unas magestuosas y moderadas reverencias ó inclinaciones con la cabeza á uno y otro lado, para corresponder á los que le saludaban con el sombrero ó con la gorra, y no descuidándose de sacar de cuando en cuando el pañuelo blanco, para limpiarse el sudor que no tenia, y el de color para sonarse las narices que estaban muy enjutas.

Apénas llegó á la Iglesia, hizo una breve oracion, y se entró en la sacristía, cuando se dió principio á la misa, que cantó el licenciado Quijano, sirviéndole de diácono y subdiácono, dos curas barrochos de la

vecindad. El coro lo llevaban tres sacristanes de las mismas cercanías, porque el de Campazas servia al incensario, y cuidaba del facistol, los cuales sacristanes en el canto Gregoriano eran los que hacian raya en toda aquella tierra, sirviendo de bajo el carretero del lugar, que tenia voz asochantrada, y de tiple un muchacho de doce años, á quien *ex-professo* habian capado, para acomodarle en la música de Santiago de Valladolid. No habia órgano, pero se suplía con mucha ventaja con dos gaitas gallegas, que de propósito habia hecho traer de la garatería el mayordomo, y las tocaban dos maragatos rollizos, tan diestros en el arte, que los llamaban para todas las fiestas ricias del Roman Fancebadon y el Rabanal, de donde se extendió la fama hasta el mismo Paramo, con ser así que hay más de ocho leguas de camino; y Anton Zotes, á quien llegaron estas noticias, por haberlas oido casualmente en el puente Vizona á un criado del Maragato, Andrés Crespo, al tiempo que cargaba la recua, al instante envió á llamar á los dos famosos gaiteros, ofreciéndoles veinte reales á cada uno, traídos, llevados, comidos y bebidos; y como era esta la primera vez que se habia oido semejante invencion enfática en aquella tierra, no se puede ponderar el golpe que dió á todos la novedad, y más cuando oyeron por sus mismos oídos, que los dos músicos de las bragas anchas, así en el *Gloria* como en el *Credo*, seguian el tono Gregoriano con tanta puntualidad, que no habia más que pedir. Celebróse infinito el buen gusto de Anton Zotes, y es tradicion de padres á hijos, que desde entónces quedó establecido en el Paramo el uso de las gaitas gallegas en toda misa de incienso;

y de aquí nace el llamarlas en algunos lugares, *el órgano de los Zotes*, etimología que, á nuestro modo de entender, no carece de mucha probabilidad.

En fin, llegó la hora del punto tan deseado de subir al púlpito nuestro Fray Gerundio. Dejemos á la discreta consideracion del pio lector y prudente, figurarse allá para consigo, con qué bizarria y desembarazo saldria de la sacristia, precedido de cuatro cofrades con sus cabos de blandones, porque el mayor no llegaria á cuarta y media, de los dos mayor-domos con las insignias de sus varas: de cuatro clérigos con sobrepellices, y de su amigo Fray Blas, que, como dijimos, quiso hacer aquel dia los honores de Fray Juan, hasta dejarle en el púlpito; con qué magestad subiria á las gradas del presbiterio, en cuyo número están divididos los autores; porque unos dicen, que eran diez, otros doce, y no falta alguno que se adelante á asegurar que llegaban á catorce, aunque todos convienen, en que hay mil campanarios que no llegan á tantas; ¿con qué autoridad recibiria la bendicion de su padrino el licenciado Quijano, de quien es pública voz y fama, que se enterneció un si es no es al tiempo de dársela? ¿Con qué despejo y gravedad caminaria hasta el púlpito, haciendo inclinaciones con la cabeza á todos lados, pero con especialidad hácia donde estaba el banco de la justicia, el del regimiento y el de la cofradía? Y finalmente ¿con qué soberanía se presentaria en el púlpito, haciéndose primero cargo del auditorio, con reposado desden, y después hincándose de rodillas?

Así lo dejamos por ahora, mientras se divierte la narracion y la pluma á dar alguna noticia del teatro,

para que camine mas holgada la comprension en la inteligencia del asunto. Era la Iglesia de tres naves, aunque tan reducidas, que cuando entró en ella el canónigo don Bartolomé, dijo: Bastaria llamarle de tres botes: el presbiterio y la capilla mayor en misas de tres en ringle, no sufrían más ancas que los ministros necesarios y precisos para el altar; tanto que el facistol para cantar la Epístola y el Evangelio era menester colocarle fuera de su jurisdiccion. La nave principal era tan estrecha, que cuando concurría la Justicia y el regimiento en un banco, y alguna cofradía en el banco opuesto, era obligacion del sacristan dar á besar la paz á un mismo tiempo á la justicia ó á la cofradía, lo que ejecutaba fácilmente, yendo por medio de la nave, y llevando una paz en la mano derecha, y otra en la izquierda; pues solo con abrir los brazos, y no muy extendidos, alcanzaba á uno y á otro banco, de manera que á un mismo tiempo y á un mismo punto, la iban besando por su orden los que estaban sentados por una y otra banda: verdad es, que lo que á las naves les faltaba de anchas, lo suplía ventajosamente lo que les sobraba de largas, por lo que diria yo con la licencia del señor don Bartolomé, que la Iglesia era de tres gabarras argelinas, ó de tres galeras turcas. A los piés de ella estaba el coro alto, sin más balustrado que un madero tosco y bruto, que atravesaba de arco á arco, con algunos palos á trechos, á modo de estacada, para evitar que algun muchacho atrevido no cayese en la Iglesia, y se rompiese la cabeza, que era el mayor daño que le podia suceder, porque la elevacion era de pocas varas.

Como quiera que el templo fuese ancho ó estrecho, largo ó breve, eso no era de cuenta de nuestro predicador, porque ni á él le tocaba hacerlo más capaz, ni la estrechez de la Iglesia podía perjudicar un punto á la magnificencia del sermón, siendo ya cosa averiguada como acredita varias veces la experiencia, que en la Iglesia más suntuosa de la cristiandad se puede predicar un sermón malo, y en una desdichada ermita ó humilladero rural, se puede predicar un excelente sermón. Lo que hace á nuestro asunto y á la memoria inmortal de nuestro Fray Gerundio, es que la iglesia de Campazas, tal cual es (y Dios se la deparó) estaba toda de bote en bote, que aunque cayese (por comparación) de las mismas nubes un alfiler, lo que es al pavimento no podía llegar, porque, ó se quedaria en el tejado de la misma iglesia (lo que es más natural), ó caso de meterse por alguna rendija, boqueron ó gotera, tropezaria en las cabezas del auditorio, y allí ó en el vestido pararia sin duda, hasta que la iglesia se fuese desocupando.

Pero ya es tiempo que volvamos á nuestro Fray Gerundio, que le tenemos incomodado y puesto de rodillas, por más tiempo del que se acostumbra, no sin gran impaciencia suya por tanta detención, especialmente cuando estaba reventando así por salir de su cuidado, como por desplegar las velas del discurso, navegando viento en popa por el mar de su mayor lucimiento. Levantóse, pues, con bizarrísimo denuevo, volvió á hacerse cargo de todo el auditorio con grave y magestuoso despejo, tremoló sucesivamente sus dos pañuelos, primero el de color cón que se sonó ántes, y después el blanco, que pasó por la

cara *ad ostentationem*. Entonó su alabado en voz gutural y hueca; persignóse esparciendo bien la mano derecha, teniendo en la izquierda la parte anterior de la que llaman *muceta* en la capilla; propuso el texto sumisa, però sonoramente, y dió principio á su sermón de esta manera. Pero, salvo el parecer mejor y más acertado de nuestros lectores, ántes nos parece más conveniente hacer capítulo á parte, porque el presente harto será, que no sea muy prolijo.